

## La crítica literaria es una disciplina en ebullición

Entrevista de Julio Noriega a Antonio Cornejo Polar

Este reportaje a Antonio Cornejo Polar, ex-rector de la Universidad de San Marcos y profesor emérito de la misma, fue hecho a lo largo de varias reuniones por Julio Noriega, licenciado en literatura en la Facultad de Letras que actualmente está concluyendo su tesis doctoral en la Universidad de Pittsburgh sobre la poesía quechua escrita. En breve una antología de esta poesía, centrada en el Perú y en el siglo xx, será editada por el CEP. Cornejo es actualmente titular de la cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Pittsburgh y a partir de agosto de 1993 ocupará el cargo de "senior professor" en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California -Berkeley- y asumirá la "Memorial Chair" que le ha otorgado esa misma Universidad.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

*J.N.:* Berkeley acaba de invitarlo a ocupar una "chair" muy importante, la primera que ocupa un peruano y la primera que se otorga a un especialista en literatura hispanoamericana; además, en el último año ha recibido otras invitaciones para ser profesor visitante en universidades como las de Montpellier o Alcalá. Esto sin contar su condición de Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. ¿Cómo entiende este éxito, qué sentimientos le suscita?

*A.C.P.:* Mira, tal vez lo que tú llamas éxito no sea más que la mezcla de un poco de paciencia, mucho trabajo y bastante suerte. Después de todo es cuestión de suerte encontrar un grupo más o menos grande y extendido de colegas que se interesan por el tipo de crítica que hago o por mi manera de examinar la literatura latinoamericana o por el proceso de mis reflexiones sobre estas materias. Conoz-

co gente más preparada y no siempre tiene las oportunidades que a mí se me han ofrecido en los últimos años. En cuanto a los sentimientos, gratitud, un poco de miedo y –te confieso– otro buen poco de cansancio.

**J.N.:** Usted ha tenido recientes experiencias en universidades de Estados Unidos, América Latina y Europa, a veces como profesor titular o visitante y a veces como participante en congresos y conferencias sobre literatura. Supongo que está en inmejorables condiciones para ofrecer una visión de conjunto, un panorama de lo que está sucediendo en la crítica literaria.

**A.C.P.:** No, no creo que pueda hacer ese panorama, sobre todo porque la disciplina íntegra está como en ebullición y eso implica movimientos muy cambiantes e interconexiones muy fluidas –aunque, claro, siempre se puede hablar de “escuelas” como la estética de la recepción o el deconstructivismo, por ejemplo. Lo que es bastante claro es que hay un interés cada vez más profundo y extendido (a veces hasta excesivo) por incorporar a la práctica crítica elementos teóricos de diversas índole –y no sólo de la teoría literaria. Y aquí se produce un fenómeno curioso: si por un lado el pensamiento crítico-literario se expande hacia otras disciplinas (lo más obvio sería el caso de la nueva historia y la nueva antropología), por otra parte ese mismo pensamiento va perdiendo parte de su especificidad al punto de casi disolverse en eso que llaman “estudios culturales” y su mismo objeto (me refiero a la literatura) como que comienza a diluirse al quedar integrado dentro de categorías más abarcadoras como las de “semiosis”, “discurso”, etc.

**J.N.:** Lo último es preocupante. ¿Tiene usted alguna explicación?

**A.C.P.:** Preocupante sí... Uno de estos días nos quedamos sin objeto de estudio, y claro, sin trabajo... Bueno, pero la explicación –o una de las explicaciones– creo que tiene que ver con el auge del pensamiento postmoderno. Si para algunos hemos llegado al fin de la modernidad, entonces ciertas categorías propiamente modernas parecen estar liquidadas. No es casual que se hable de la “muerte del hombre” (por supuesto del hombre tal como fue imaginado y construi-

do por y desde la Ilustración) o del "fin de las ideologías" (lo que no es más que otra ideología...) o del "fin de la historia". Esto último es bastante complejo y tiene aspectos positivos y otros absolutamente negativos. Si lo que se liquida es la historia hecha a la manera positivista, con un falso sentido de totalidad, unilinealidad y casualidad y con su menos falso sentido teleológico, entonces estupendo; pero si de lo que se trata es de leer mal y tergiversadoramente a Hegel y se mezcla esa mala lectura con un optimismo tan ingenuo como estúpido que celebra la expansión del capitalismo transnacional y la revolución tecnológica como si fueran el "non plus ultra" de la humanidad, algo así como la meta última y finalmente alcanzada por la historia, que ya no tendría nada más que hacer, entonces, francamente, eso del "fin de la historia" es una solemne (y peligrosa) tontería. Bueno, desde esta dinámica "post" también puede proponerse el "fin de la literatura", bajo el supuesto de que la "literatura" tal como se le entendió durante la modernidad no existiría más. De hecho ya no es infrecuente encontrar estudios que prefieren no usar el término literatura, o ponerlo entre comillas, para referirse a las "literaturas" premodernas; estoy pensando en las muy sagaces de Zumthor sobre la "literatura" de la Edad Media europea, que para él no era literatura porque ésta es una construcción cultural mucho más tardía, o en Mignolo, Adorno o Lienhard que, en nuestro caso, prefieren hablar de "discurso", "semiosis" o "praxis textual" para referirse a la "literatura" colonial hispanoamericana. Me refiero a esto porque si la literatura es un producto fechado en la modernidad, entonces no puede hablarse de ella ni antes ni después, y en ese sentido si la modernidad se hubiera agotado (lo que dudo) entonces sería un arcaísmo seguir hablando de literatura. No es nada casual el éxito que tuvo John Barth en los 80 cuando definió a la literatura de nuestra época como una literatura exhausta o una literatura del agotamiento, lo que era algo así como la crónica-crítica de una muerte (de la literatura) anunciada... Por lo demás, aunque este sea en el fondo otro problema, el voluntarioso borramiento de los límites entre la alta cultura y la cultura de masas, cuyo chivo expiatorio es esa nebulosa que se reconoce como Escuela de Frankfurt, también apunta a lo mismo: la literatura moderna, aureática y elitesca, vanguardista, experimental, sofisticada, autoreferencial, etc. no funcionaría más. Hoy la "literatura" parece más contenta con los collages, los pastiches, las parodias, con

muchas referencias a lo masivo, aunque también cabe encontrar una búsqueda hiperculta, pero socarrona o irreverente, de intertextualidades muy sofisticadas.

J.N.: Disculpe, pero no me ha quedado claro cuál es su posición frente a estos temas. Especialmente, ¿usted está de acuerdo con esto de la "muerte de la literatura"?

A.C.P.: Diste en el blanco... porque la verdad es que no tengo del todo clara esta película. Te digo que frente al pensamiento postmoderno siento algo así como una oscilación entre la fascinación y el fastidio, aunque tal vez lo segundo sea más frecuente. Mira: yo no me voy a poner de luto por la "muerte del hombre" que se construyó a partir de la Ilustración y que se descalabró a sí mismo en varias guerras y otras atrocidades y nos descalabró a nosotros con el colonialismo y el neocolonialismo, pero no estoy seguro que la "condición postmoderna" pueda producir un ser humano mejor, sobre todo si esa condición se vuelve puramente celebratoria de un cierto tipo de desarrollo y va perdiendo sus contenidos críticos. Ahora, si llevamos esto al campo de la literatura tendríamos que hablar de la crisis del autor como autoridad o más profundamente de la crítica del sujeto y su lenguaje. Y esto sí me parece importante: después de todo, y aunque esto implique para mí el reajuste de algunos de los supuestos teóricos con los que trabajaba, la posibilidad de definir al sujeto de la enunciación como un espacio ambiguo, socializado, plural y a veces contradictorio, como algo que de alguna manera el propio discurso construye, y lo construye azarosamente, me resulta sumamente estimulante. Lo mismo podría decir de la posibilidad de leer el lenguaje como intrínsecamente dialógico, o polifónico, o como resultado de una alquimia intertextual que mezcla y funde los discursos más diversos y alejados. Lo que quiero decirte es que hay perspectivas, como la del sujeto, y categorías, como la polifonía, el dialogismo o la intertextualidad, que me parecen excepcionalmente productivas, pero que otras, como el desprecio por la historia, me parecen –al menos para mí– casi suicidas. Yo, tú, nosotros, nuestra literatura, nuestra cultura, *necesita* la historia para ser lo que queremos ser.

J.N.: Disculpe de nuevo, pero ¿usted qué dice de la "muerte de la literatura"?

A.C.P.: Mira, eso que llamamos literatura es un *constructo* cultural, social e históricamente condicionado y por consiguiente muy variable. Hasta no hace mucho la historia, la oratoria, las cartas ("epístolas") eran géneros literarios y hoy no lo son. Desde una perspectiva tú puedes hacer valer la etimología de "literatura" y cerrarte dentro del espacio de lo escrito, pero desde otra perspectiva no tienes inconveniente en hablar de "literatura oral". Lo que quiero decirte es que el término "literatura" no designa a un objeto "natural", sino, y en grado agudo, "cultural"; entonces, en principio, yo no tendría ningún problema en firmar el acta de defunción de la "literatura", pero no la firmo por otras y varias razones: porque los *constructos* culturales, si no son dogmáticos, están abiertos para asumir cosas del pasado y del futuro, pero sobre todo porque me parece que bastan ciertas precisiones para establecer que en cada caso estás dando ciertas valencias específicas al concepto de "literatura". Después de todo la "literatura" no es ni debe ser un concepto abstracto, intemporal, y en ese sentido sería suficiente hacer explícitas sus diversas configuraciones históricas. Por lo demás, no creo que la literatura postmoderna sea una producción que requiera un nuevo nombre; primero porque sus rupturas con la literatura moderna tal vez sean más ruidosas que esenciales, y segundo, porque —al menos para mí— corresponde más bien a una exacerbación de los códigos de la modernidad o a una crítica de éstos pero desde su propia perspectiva. A veces lo que entendemos por postmodernismo no es más que el lado antimoderno que tiene, casi como condición necesaria, toda modernidad verdadera. No hay nada tan moderno y a la vez tan antimoderno que Baudelaire, por ejemplo.

J.N.: Pasemos si le parece al campo latinoamericano. Usted conoce bien el hispanoamericanismo norteamericano, en el que trabaja hace más de cinco años, y por supuesto conoce también la crítica literaria que se hace en nuestros países. Además, después de ser profesor visitante en Francia y España debe tener algunas ideas precisas sobre lo que sucede en estos países con nuestra disciplina. ¿Podría hacer algo así como un mapa y una valoración del hispanoamericanismo? Creo que sería muy interesante comparar esas diversas experiencias.

A.C.P.: Parece que te encanta hacer preguntas complicadas... pero vamos a ver qué sale. Por lo pronto, creo que en el hispa-

noamericanismo tanto de Europa como de Estados Unidos se está viviendo, pero con distintos énfasis, un momento de renovación; ahora bien, habría que poner en claro que ese énfasis distinto está ubicado en lo esencial, en el hecho de que el norteamericano es mucho más teorizador, tal vez por su contacto con los programas de "cultural studies", que el europeo, que más bien es más erudito pero también más cauteloso, pero curiosamente las bases teóricas que se usan en Estados Unidos son casi en su totalidad europeas. Paradójicamente los hispanoamericanistas europeos no parecen estar demasiado interesados en esta dimensión teórica y en algunos casos hasta parecería que le tienen una cierta desconfianza. Esto, por supuesto, tiene muchas excepciones. En cualquier caso, y conste que estoy haciendo generalizaciones peligrosas, el asunto es que el hispanoamericanismo norteamericano parece tener más "vuelo", en cuanto plantea problemáticas generales excepcionalmente sugestivas, aunque a veces uno tiene la impresión de que se descuida un poco el texto o que se le usa casi como "pretexto" para tratar esa problemática general. Me parece, en todo caso, que no podemos negar que desde las universidades norteamericanas están surgiendo las propuestas más estimulantes, aunque obviamente muchas puedan y deban ser materia de debate, pero tampoco puede pasarse por alto un hecho fundamental: que el porcentaje de profesores latinoamericanos en los Departamentos especializados es enorme en Estados Unidos, mucho más que en Europa. Esto genera situaciones algo complicadas; por ejemplo, querrámoslo o no, los latinoamericanos que trabajamos allá quedamos integrados a un espacio de debates, a eso que se llama una "agenda problemática", suscitada por las necesidades de la institución literaria, de la academia, de ese país, pero al mismo tiempo seguimos respondiendo a las solicitudes que vienen de nuestras naciones y en algunos casos —que creo que es el mío— continuamos relacionados profundamente con la realidad y la literatura del país de origen. Esto tanto puede ser negativo (como cuando podemos compartir preocupaciones, con el añadido de contar con medios materiales de investigación que no tenemos en casa). Te pongo un ejemplo de lo segundo: el desarrollo, francamente fascinante, de los estudios sobre el "discurso colonial". No digo que todo lo elaborado a este respecto sea correcto, pero siempre es estimulante y nos compete de una manera muy directa.

J.N.: ¿Y en cuanto a la crítica latinoamericana?

A.C.P.: Mira, como lo he dicho otra veces, cada vez distingo menos entre la crítica latinoamericana y latinoamericanista, entre otras cosas —para ponerte ejemplos más o menos contundentes— porque no me interesa en absoluto que Paoli sea italiano o Rolena Adorno norteamericana si sus aportes sobre Vallejo y Guamán Poma son, como lo son, de primerísima categoría. El problema es cuando uno que otro zamorro “usa” nuestra literatura para sus propios fines, como hubiera podido usar la de Polonia, Indochina o Egipto, sin tener un verdadero interés ni en nuestra literatura ni en la realidad de la que nace. Pero piratas hay en todos los mares... Donde yo ubico el problema es en el nivel decisorio de las condiciones de trabajo, producción e investigación. Mira, los regímenes militares liquidaron la investigación con la censura, pero los neoliberales hacen lo mismo con la pobreza. Es francamente aterrador cómo unos y otros han desmantelado las bases materiales de la investigación en nuestros países y es indignante tener que reconocer que ahora es más fácil conocer nuestras literaturas fuera que dentro de América Latina. Me estoy refiriendo, entre otras cosas, al declive de nuestras universidades y al deterioro, tal vez irreversible, de nuestras bibliotecas y archivos, —lo que no quita, quiero aclararlo de inmediato, que haya gente heroica, quijotesca, que sigue produciendo, y bien, en esas condiciones deplorables. Por otra parte, si se trata de hacer algo así como un mapa de la literatura y de la crítica latinoamericanas yo señalaría que en los últimos años nos hemos movido en función de tres grandes preocupaciones: la del cambio, la de la identidad (tema viejo pero retomado con fuerza) y lo que pudiera llamarse la reivindicación de la pluralidad heteróclita de nuestra literatura. Creo que esta última es la que tiene hoy mayor vigencia y es correlativa al interés por las literaturas marginadas. Desde otro punto de vista, me parece que podría distinguirse entre la crítica que sigue siendo una historiografía o una hermenéutica de textos literarios, inclusive los marginales, y otra que se propone “leer” a partir de la literatura “discursos” mucho más vastos. Estoy pensando en libros como los de Josefina Ludmer sobre la gauchesca, Beatriz Sarlo sobre Buenos Aires y la cultura de la modernidad periférica o Julio Ramos sobre los

“desencuentros” y anomalías de la modernidad en América Latina. Naturalmente son sólo ejemplos.

J.N.: Usted ha dicho que le parece que la reivindicación del carácter plural de la literatura latinoamericana es lo que está primando actualmente en la crítica latinoamericana. En cierto sentido su propia obra estaría incluida en este rubro.

A.C.P.: Creo que sí. Martín Lienhard ha hecho una breve historia de este asunto al comenzar su espléndido libro *La voz y su huella* y en ella advierte que la preocupación y el análisis de la multiplicidad conflictiva de la literatura latinoamericana tiene, sin entrar en otros antecedentes más antiguos, una cierta secuencia que partiría de León Portilla (con su concepto de “literatura de los vencidos”), Juan Adolfo Vázquez (a través de lo que llamó, si no recuerdo mal, “literaturas indígenas latinoamericanas”), Angel Rama (con su sagaz examen de la narrativa o en general de la “literatura transcultural”), de Edmundo Bendezú (cuando habla de la “otra literatura”), secuencia en la que me incluye por haber trabajado sobre el concepto de “literatura heterogénea”. Lienhard añade uno nuevo: “literatura alternativa”. Entonces, sí, estoy metido en el asunto y la verdad es que me sigue interesando. Lo que pasa es que he ido dándole distintos sentidos a la categoría de “heterogeneidad”. En los 70 trataba de dar razón de procesos de producción literaria en los que se entrecruzan dos o más universos socio-culturales y estudié especialmente el caso del indigenismo, aunque anoté que situaciones similares se daban en las crónicas, la gauchesca, el negrismo, la novela del nordeste brasileño, el realismo mágico, la poesía conversacional o el testimonio, pero en ese momento yo examinaba los conflictos entre las grandes instancias del proceso de producción de tales como el productor, el texto, el referente, la recepción. Después me di cuenta de que cada uno de estos elementos puede ser en sí mismo heterogéneo y por ese camino van mis últimos trabajos. Mi conferencia inaugural en la cátedra de Berkeley será un análisis de la heterogeneidad del sujeto y del discurso a partir del análisis de un fragmento de *Los ríos profundos* y de otro del testimonio de los abigeos de Apurímac que ha publicado el Centro Bartolomé de las Casas.



**J.N.:** He hecho una rápida estadística y la mayoría de nombres que ha mencionado o son de críticos peruanos, usted y Bendezú, o de críticos que construyeron sus categorías analizando la literatura peruana, como es el caso de Rama y Lienhard, ambos notables estudiosos de Arguedas. Debe haber una razón para que esto sea así.

**A.C.P.:** Bueno, sí, el mismo Lienhard la anota en su libro: se trata de un país, como también México, que en sí mismo es heterogéneo y cuyo multilingüismo o más ampliamente su pluricultura se imponen con una evidencia total. Lienhard añade (y el dato es interesante) que Rama, él y yo fuimos a dar a la "transculturación", la "literatura alternativa" y la "literatura heterogénea" después de estudiar a Arguedas. Es sintomático ¿no? Por lo demás, recuerda que García Canclini elabora su concepto de "cultura híbrida" a partir fundamentalmente, aunque no sólo, de reflexiones sobre México, que es un país tan heterogéneo como el Perú. Algo similar sucede con las meditaciones sobre el Paraguay que viene haciendo desde hace años Roa Bastos aunque no haya acuñado al respecto ningún término específico y su interés no sea concretamente el de la crítica literaria.

**J.N.:** Desde esta perspectiva es evidente que se plantea otra manera de entender nuestra literatura y eso implica resolver muchos problemas teóricos o metodológicos. ¿Cómo evaluaría usted este punto?

«Jorge Puccinelli Converso»

**A.C.P.:** Claro que hay problemas, y graves. Por lo pronto hay un problema que aunque es de alguna manera externo me preocupa mucho. Me refiero a que algunos parecen haber aceptado los puntos más gruesos de todos estos planteamientos y creen resolver el problema con la simple suma de obras provenientes de varios sistemas literarios; entonces, con unos textos al lado de otros, creen tener una visión completa de la literatura peruana, prescindiendo precisamente de lo que es fundamental: que son sistemas que funcionan con códigos, valores y símbolos distintos, que se procesan —aunque coexistan— en distintos tiempos y que entre todos hay relaciones conflictivas y a veces contradictorias. Creo que esto se ve claro en algunas antologías que ponen uno al costado de otro textos que no tienen nada que ver entre sí o que tienen ese tipo de relaciones conflictivas. Así, lo que se consigue es crear exactamente lo contrario de lo que se quiere: una

sensación, por supuesto falsa, de homologación, de homogeneidad. Pero, en fin, este es el problema de los que oyen repicar y no saben dónde ni por qué... Los verdaderos problemas son otros y no sé si podré resumirlos y ordenarlos. Tal vez convenga distinguir dos niveles. Uno tiene que ver con el estudio de los varios sistemas que coexisten en una literatura como la nuestra, cada uno de los cuales exige formas de aproximación distintas. Te pongo un ejemplo: mal que bien sabemos historiar el sistema "culto" o "ilustrado" o como se le quiera llamar, pero estamos (mejor dicho, estoy) muy poco preparados para hacer lo mismo con los sistemas en lenguas nativas que normalmente se inscriben en la oralidad. Aquí no tenemos archivos y en el fondo no disponemos más que performances que aparecen y desaparecen en un solo instante como si en cambio de historia hubiera algo así como un eterno presente, aunque obviamente sabemos que no es así y sabemos que las versiones cambian, que aparecen nuevos textos y que otros desaparecen de la memoria colectiva que los hace vivir. Claro que podemos recurrir a las transcripciones, pero éstas no son nunca del todo confiables y sus dataciones suelen ser engañosas; esto es al margen de que acudir a ellas es obviar todo el contexto en que se produce el texto oral y quedamos solamente con la letra que bien podría ser lo menos importante. Bueno, lo que quiero decir es que hay problemas no resueltos para trabajar la especificidad de cada uno de los sistemas, que sería el primer nivel de que te hablaba. El segundo es el de la relación entre estos sistemas, tanto en general, digamos entre un sistema y otro, cuanto en la especificidad de sus dimensiones menores. Por ejemplo, ¿cómo el sustrato quechua se infiltra en discursos literarios "cultos"?; pero también ¿cómo contenidos cristianos o grandes simbologías de esta procedencia reaparecen en las literaturas indígenas? Hace un rato te hablé de este testimonio de los abigeos de Apurímac y allí es curiosísimo cómo se han apropiado del Nuevo Testamento para construir una especie de mito fundacional que legitima su condición de abigeos. Por lo pronto, para decir sólo un punto, ellos piensan que Jesús vino al mundo a "robar" el tiempo de los gentiles y fundar otro tiempo con la ayuda, claro, del "buen ladrón". Es con estas intersecciones, estas hibridaciones, estas azarosas mezclas con las que debemos enfrentarnos, son los verdaderos problemas, y para ello tenemos que rehacer categorías básicas como las de sujeto, discurso,

historia, etc. y olvidarnos de algunas ideas que se han asentado en nosotros como si fueran parte del "sentido común" de la crítica; por ejemplo, que el sujeto es algo coherente y único, portador de una identidad más o menos definida, o que la historia fluye linealmente, cuando en realidad –además– se adensa verticalmente, o que el discurso obedece a una cierta intención que el crítico tendría que revelar. Me temo que la mayoría de estos supuestos ya no nos sirven y me parece que con las categorías trabajosamente producidas por la crítica latinoamericana y con otras que provienen de otras fuentes, como las de intertextualidad, polifonía, dialogismo, podremos finalmente dar razón de esta entreverada –y espléndida– literatura.

Creo que Clorinda Matto de Turner es un personaje esencial en el proceso de la literatura peruana y que *Aves sin nido* (pero no sólo esta novela sino buena parte de su obra intelectual) resulta decisiva para entender una historia que comienza con las crónicas y sigue hasta hoy con las muchas formas del neoindigenismo. Por supuesto, a *Aves sin nido* se le pueden encontrar todos los defectos que uno quiera (idealizante, romántica, desgarnada) pero todo ello no resta un punto a lo que me parece fundamental: que con esa novela comienza "en serio" la ficcionalización de la vida andina –y ya se sabe que la ficción es una de las formas más perspicaces de aprehender lo real y de introducirlo, portando un sentido, en el imaginario de una nación. Creo, además, que una parte considerable de lo que nos parece "pasado de moda" en *Aves sin nido* deriva del hecho de que sus lecturas lamentablemente no se han modernizado.